El centro de Xi'an, en el centro de China, dice, está cruzado por una calle musulmana. Se trata de una ciudad vértice en la ruta de la seda, la ruta que históricamente conectó China con India, por donde entraron los primeros libros budistas. Xi'an es origen y es destino, pienso yo. La calle musulmana vende comidas y telas. Sobre una vereda, en fila, los puestos de cabezas de cerdo y de pescado, aves embrochetadas sobre planchas de hielo y sobre fogones, cangrejos y langostas encintadas, jarras con salsas agridulces y masa de turrón, que se aplana a martillazos a la vista de todos, que se estira hasta el borde de la vereda, y se contrae, y vuelta a aplanar. Los man-teles, los anuncios de papel, las luces en los árboles. El olor, la cantidad. Al cruzar la calle se encuentran los árabes. Con las mandarinas almibaradas, los dulces de polvo de coco y de azúcar impalpable, el olor del té, y del café denso que no su-pera un centímetro de altura en cada taza. Las telas con flecos, las alfombras con costuras doradas, en todos lados, el pregón. Estas dos veredas, como dos espejos enfrentados, convergen en una misma cuadra que mide por lo menos diez cuadras continuas, y abre muy temprano y sigue viva hasta después de la medianoche, con sus animales hirviendo en ollas de vidrio y los tejidos de colores fuertes, con las monedas que se guardan en billeteras sujetas al cinturón, con sus calcomanías y dialec-tos. Vamos a llevar a Chén Kǎi a ese lugar, dice Lǐ Dōng. Para que lo vea, y comamos. Y vos vas a venir también, si querés.

Muero de hambre, le digo. Sí, dice él, y se acerca y se sienta conmigo en la cama. Antes, dejó las cosas del té en la pileta de la cocina. Hablamos de pedir pizza, Lǐ Dōng se ofrece a bajar y traerla. Mientras lo dice, se mete bajo las frazadas y se estira completamente. Los pies tocan el borde del colchón. Con lentitud, me dice que tengo que conocer Xi'an. Que hoy es una noche ideal para comer esos dulces con azúcar impalpable, que allá vienen de a siete en cajas de plástico transparente. Le pido que me lo describa, pero está tan cansado que todo lo dice con el mismo tono, y con mucha lentitud. Sonríe. Detecto su entusiasmo a pesar del agotamiento. Me causa gracia la melancolía, que quiera hablar de estos dulces y de la calle musulmana. Le digo que me muestre el labio de abajo. Me dice que no con la cabeza, sin abrir los ojos. Después, sin girarse, se queda dormido.